

escortado por cien jóvenes de la principal aristocracia romana, que llevaban bastones de oro, única arma propia en verdad de gentes rotas en los campos de batalla; rodeado de veintidos cardenales, que brillaban con sus trajes de escarlata, con sus sombreros galoneados de oro, con sus cruces de rica pedrería; llevado entre selvas de estandartes, nubes de incienso, millares de cirios, armonías de innumerables instrumentos; precedido de un dosel blanco, entre cuyos pliegues aparecía el Santísimo y bajo otro dosel de tisú mucho más hermoso y mucho más brillante que el dosel destinado á su Dios, cual si fuera uno de aquellos ídolos militares que festejan los ejércitos después de las victorias.

Y en efecto, Julio II no era más que un soldado. En cierta ocasión, como modelase una estatua suya para la plaza de Bolonia su amigo y escultor Miguel Ángel, y le preguntase si le ponía un libro en la mano, díjole: «Yo no sé de letras, pónle una espada.» Las gentes sencillas contaban, pues, que el día de su elección arrojó al Tíber las llaves de San Pedro y tomó para sí la espada de San Pablo. Blandióla sin descanso, asestóla al pecho de los enemigos de su política, dirigió con ella ejércitos y más ejércitos, estuvo en batallas, asedió plazas fuertes, abrió brechas terribles, entró en ciudades rendidas, usando como cualquier condotiero del saqueo, del incendio, de la matanza. Cuando le veis vivo todavía en los retratos de sus inmortales contemporáneos, y le encontráis erguido á pesar de gotoso, apuesto á pesar de setentón, en actitud de guerrear más bien que en actitud de bendecir, la barba luenga, los ojos centelleantes, el pecho ancho como una armadura natural, la frente arrugada por los surcos de la idea comprimida, creéis ver una especie de pontífice general, como aquellos que, en sus páginas, guardan los antiguos anales del Asia. Es un Papa faraónico, un rey persa, uno de aquellos personajes bíblicos que salían del templo para entrar en el campamento, que adoraban un Dios de cólera y de venganza, que asistían con júbilo á la ruina y aniquilamiento de sus enemigos, que entonaban himnos bélicos y no himnos religiosos, que decían conjuros de maldición y de exterminio, que evocaban los muertos contra los vivos, que pedían á un cielo implacable como ellos la tormenta, el hambre, la peste, todas las plagas llovidas en los arrebatos de la ira celeste por los ángeles exterminadores, á

fin de que les auxiliasen á una en las batallas y les trajesen cruentas y aterradoras victorias. Y de todo necesitó, cuando tenia los Estados romanos en desórden; los Borgias ganosos de no perder su grandeza herida por la muerte de Alejandro VI; los cardenales mas poderosos resentidos de su eleccion; las facciones mas temibles, despiertas y luchando en los suburbios mismos de la Ciudad Eterna; los incestuosos Baglionis en Perusa, los tiranos Bentivoglios en Bolonia; saqueadas por Venecia las costas pontificias; irritados como nunca los Orsinos contra los Colonnas y los Colonnas contra los Orsinos; la Francia en Milan y la España en Nápoles; y en medio de todas estas dificultades, uniéndose ya á unos, ya á otros; anudando y destruyendo la liga de Cambrai, levantando á Luis XII contra el emperador Maximiliano y al emperador Maximiliano contra Luis XII; arrancó á Venecia seis ciudades de primer órden, y luego hizo con España, con Suiza y con Venecia misma otra liga que le valió tomar Sasulo, rendir Concordia, entrar por la brecha en Mirándola, con su casco á la cabeza, su espada en la mano, su cota de malla al pecho, sobre fosos helados, entre humaredas de pólvora, hasta expulsar de Italia á los franceses, obtener Parma, Plasencia, Reggio, y fundar la mayor monarquía pontificia que en territorio italiano habian visto las edades ni en los reinados de los mayores Papas, mas poderosos que Julio II en autoridad espiritual y política, pero no tan ricos en territoriales propiedades. En otros tiempos, decia Maquiavelo, todo baron se creia con derecho, por pobre que fuese, á despreciar la potestad política de los Papas; hoy todo un monarca de Francia le guarda supersticioso respeto.

Naturalmente, este gran poder político dañaba mucho al ministerio religioso de los Papas. Su autoridad de monarca crecia, mientras se relajaba su autoridad de Pontífice. La necesidad de fundar algo permanente y hereditario en el seno de una monarquía electiva y vitalicia, obligábale á colocar á sus parientes, para que sus parientes continuasen su poder allende su muerte. Como los Esforzas habian constituido un principado en Milan, los Médicis en Florencia, los aragoneses en Nápoles, los Estes en Ferrara, querian constituirlo con mayor razon y con mas abundantes recursos los Papas en Roma para no depender, decian ellos, ora de Francia, ora de España, ora de Alemania. Mas no comprendian que todo Estado político demandaba en aquel

tiempo mucho ejército y mucho dinero; y que para sacar este dinero y este ejército, debian someter los recursos espirituales á su poder temporal. Dábanse los grandes arzobispados y cardenalatos á los parientes y favoritos del Papa; vendíanse por precios subidísimos los beneficios eclesiásticos y hasta se traspasaban en testamento; sacábanse á pública licitacion las indulgencias como si fueran objeto de almoneda y asunto de lucro y de comercio; dispensábanse por dinero los ayunos y abríanse por dinero las puertas del purgatorio; cada eleccion pontificia era un mercado público, donde se ofrecian los votos á varios precios, y al salir del conclave los cardenales parecian salir de un saqueo, tan cargados iban de despojos: recursos inútiles á un Pontificado religioso, que solo hubiera de atender á las almas, pero indispensables al Pontificado político, que necesitaba y exigia muchos cortesanos, muchas rentas, tributos onerosísimos, ejércitos numerosos, esbirros bien pagados, centuplicadas máquinas de guerra, de administracion y de gobierno, las cuales impidiesen la debilidad natural á las teocracias. Necesariamente los pueblos se escandalizaban al ver que la ofrenda presentada en la Iglesia, la limosna prometida á los santos, el precio de una misa, la tasa de una indulgencia, el oro dado por conseguir un día menos de purgatorio, una esperanza mas en la agonía y un consuelo allende la muerte, iba á parar á manos de los bufones que divertian la corte, de los ministros que regulaban los asuntos, de los diplomáticos que hacian y deshacian los tratados, de los jueces que fallaban los pleitos, de los esbirros que espiaban las conjuraciones, de los soldados que mantenian el órden y la independencia en aquellas tierras mandadas por un demiurgo con tiara de Pontífice y con corona de monarca; el cual, por atender á sus intereses políticos, desdeñaba sus intereses religiosos, y por atender á sus intereses religiosos, desdeñaba sus intereses políticos, encontrándose siempre, como todos aquellos que tienen una falsa situacion, en tristes y perennes conflictos. Julio II, al aumentar el poder territorial, disminuyó el poder religioso de los Pontífices. Y los pueblos, sometidos al poder romano, se quejaban de que una teocracia, como aquella, ni los defendia cuando tenian necesidad de defensa, ni los gobernaba cuando tenian necesidad de gobierno; mientras los pueblos, no sometidos, se quejaban de que, por servir á sus vasallos temporales, por gobernarlos, por defenderlos, sacaban los Papas toda

suerte de tributos religiosos y dejaban vacías las arcas de todos los fieles del inmenso mundo católico. Las quejas se aumentaban especialmente en Alemania, donde no había dieta ni gobierno libre, ni elector, ni príncipe, ni monarca que no oyese ayes amargos por las extorsiones á que los tenía sujetos la insaciable codicia de Roma y sus Pontífices. En verdad no conocerá bien la revolucion religiosa quien olvide que si las causas primeras radican en disentimientos metafísicos y teológicos, y las causas segundas en disentimientos sociales é históricos, de tradicion y de raza; las causas inmediatas, las tangibles, las prácticas, las que podemos llamar en claro español causas ocasionales, radican puramente en una cuestion de economía y de dinero. Y este dinero lo necesitaron los Papas principalmente para satisfacer las apremiantes exigencias de su autoridad temporal y de su poder político.

Hay que unir á este movimiento político, para comprender la revolucion religiosa, personificada por Lutero, el movimiento artístico é intelectual. ¡Qué diferencia de aquella fantástica concepcion del mundo en la Edad media á esta concepcion del Renacimiento, en que entra mucho menos la astrología y mucho mas la ciencia matemática; mucho menos la imaginacion y la fe y mucho mas el estudio de los cielos recién explorados por los lentes y el conocimiento de las tierras recién descubiertas por los navegantes! ¡Qué diferencia de aquella concepcion de la vida que endiablaba la naturaleza, que hacia del hombre un cadáver, que anunciaba á todas horas el valle de Josafat á las generaciones, el Juicio final á los mundos, la extincion apocalíptica á los soles; y estos nuevos océanos, llenos con la gelatina de futuros organismos, y estos nuevos archipiélagos surgentes en la inmensidad con sus coronas de selvas exuberantes de vida, y estas nuevas tierras que agrandaban desmesuradamente el planeta con su abundancia no soñada y con sus rios no fingidos ni en las visiones paradisíacas, todos estos Edenes que devolvian al planeta su hermosura perdida por la aparicion del mal y á los hombres su inocencia nublada por la primera culpa! ¡Cuánto distaba de aquella filosofía averroista, de aquel Aristóteles contrahecho y mal comentado por los árabes cordobeses y sevillanos, oráculo á quien cada cual le sacaba la respuesta que creía á sus miras útil; cuánto distaba, iba diciendo, esta ciencia rudimentaria y mágica de aquella recién descubierta antigüedad, en toda su exactitud, en

toda su sencillez, en toda su pureza clásica, en toda su ingenuidad candorosa, que daba á las imaginaciones los eternos modelos de poesía, á las ciencias naturales botánicos como Dioscorides, á las ciencias matemáticas calculadores como Euclides, á las ciencias médicas sabios como Hipócrates! Mucha vida tenían las selvas de las dos Indias orientales y occidentales; mucho olian los bosques de canela; mucho alimento nuevo daba al género humano la almendra del cacao y del café, la carne del coco y del banano; mucha savia derramaban por nuestras venas en aquellos dias de los descubrimientos las tierras exuberantes y las selvas vírgenes; pero aun había mas vida, mucha mas vida, mas calor, mucho mas calor, en las cenizas frias del Foro y de la Agora, en las ruinas desiertas del Parthenon y del Coliseo, en los sepulcros entreabiertos de Grecia y Roma, en los manuscritos que traían enrollados los fugitivos de Constantinopla, los naufragos de las últimas tormentas helénicas, porque allí, en aquellos sitios de muerte, se encontraban las larvas que habían de tomar alas y metamorfosearse como mariposas en ideas llenas de vida; porque, allí, en aquellos fragmentos helados se encerraban las estatuas que habían de dar modelos perfectos á las artes plásticas; porque, allí, en aquellos desiertos de desolacion vagaba el alma que había hecho pensar á Platon, esculpir á Fidias, hablar á Demóstenes, escribir á Píndaro, cantar á Homero, alma, que al unirse de nuevo con el cuerpo de la humanidad, le devolvía su pristina juventud y le prestaba su eternal hermosura. Descubriáanse en los adornos grotescos, adivinados por el ingenio humano antes que vistos en las ruinas antiguas, nuevos ornamentos semejantes á esas guirnaldas que brotan allá por los fecundos meses de la primavera; poníanse las esencias, los ideales y los pensamientos de la nueva cultura en las formas de los antiguos tipos clásicos á manera de ese David de Miguel Angel, jóven griego que llega de los juegos píticos, ó de esas Vírgenes de Rafael que sonrien tranquilas en su plástica hermosura como armoniosas estatuas de los mejores tiempos de Grecia. No se tiene escrúpulo alguno en derribar las antiguas Basílicas, la misma de San Pedro, ungida con tantos recuerdos, llena de innumerables sombras, perfumada de incienso, con sus pavimentos compuestos por las tumbas de los mártires, con sus capillas impregnadas de recuerdos y bendecidas por tantos